

## Marcado

Muchos se habían quejado de ese grafiti porque afeaba el pueblo con su imaginería macabra. Otros habían puesto el grito en el cielo por su localización en uno de los muros del parque, donde a veces solían jugar los niños. A Ángel, sin embargo, esas cosas no podían importarle menos. Lo que le jodía de ese grafiti era que estaba guapísimo y que no lo había pintado él.

Ángel carecía del vocabulario para explicar el sobrecogimiento que esa calavera siniestra le provocaba, pero sabía que se sentía pequeño frente a esa obra de proporciones épicas. Sabía que, cuando esos ojos huecos entraban en contacto con los suyos, le daban ganas de gemir como su pobre perra había hecho durante días antes de estirar la pata.

-Menuda mierda-masculló, tomando un trago de su litrona. A su colega Edu, que fumaba un cigarro de liar echado en el banco, pareció hacerle gracia. A veces le daban ganas de darle de hostias.

Desde arriba los contemplaba un cráneo semioculto bajo la capucha de una sudadera verde. Ese esqueleto, que se hacía un selfie con sus deditos huesudos, estaba pintado con colores vibrantes que contrastaban con el ocre apagado del muro. Su actitud desenfadada se truncaba con la firma del autor, Nekros (en letras de aspecto gótico, de un negro casi obscuro) y la breve frase que había escrito debajo: "Me vi como te ves".

-Menuda mierda, tío. Edu, en este pueblo no sabéis hacer grafos como Dios manda. Mira, estas letras parece que las ha escrito un puto viejo.

A través de sus dientes se escapó un vaho parpadeante por culpa de su castaño. Con un plumas rojo y guantes de invierno, Ángel pasó los dedos por esas letras, que parecían de nitrógeno líquido por lo frías que estaban.

-Qué dices, bro. Es la hostia. A ti lo que te da es envidia...

Ángel hizo el amago de darle con el puño a Edu, entre risas. Quería enseñarle que tenía cojones, que no le importaba lo bien que hubiera pintado el tal Nekros. Si quería ganarse el respeto de la gente de ese pueblo, no podía dejar que le torearan.

-¿Envidia? Una mierda.

-Que sí, hombre, que sí. Que, a ver, tú no pintas mal, pero te faltan muchos bollycaos para tener ese nivel.

Frunció el ceño, dirigiendo la mirada a los botes de pintura que descansaban en la bolsa del 24 Horas donde habían comprado el alcohol. Su euforia festiva, que le había hecho gozar durante toda la noche, se había apagado por completo.

-Yo podría hacerlo mejor, mucho mejor. Si pintara encima de este mural, nadie se acordaría de él dentro de un par de semanas-mintió, con un ademán iracundo que apenas se le había borrado durante el último par de años. La edad del pavo, la llamaban algunos, pero él estaba convencido de que su agrio rictus duraría para siempre, y de que eso impondría el respeto que merecía en propios y ajenos.

-Venga ya, bro, no hace falta que te hagas el duro conmigo. La verdad es que ninguno de los dos tendría huevos para pintar encima de esa puta calavera.

Ángel esbozó una sonrisa. Sí, sí había huevos, o tendría que fingir que los había si no quería que las cosas salieran como en su viejo pueblo. Después de la mudanza, tenía la oportunidad de vivir una nueva vida, de labrarse una nueva fama. De que todo el mundo admirara unos cojones que rozaban la grava del parque.

Agarró los botes de pintura, para desgracia de un Edu que se incorporaba como si tuviera un resorte en el culo.

-Eh, eh, que estaba de coña. Ni se te ocurra taparlo, que...

-¿Qué?-interrumpió él, con una mueca burlona e indeseable-. ¿Quién es el que no tiene huevos ahora?

-No, bro, no lo entiendes. Es que...

-Mira, da igual. Llevo mucho tiempo queriendo sacarme un diseño guapo del cuerpo.

Ese colega al que conocía de un mes pero que parecía de toda la vida suspiró, más molesto que nunca. Sintió la intermitente tentación de pedirle perdón por su salida de tono, un terror escalofriante al imaginarse solo y desamparado otra vez. Pero decidió apretar la mandíbula.

-Como tú quieras, bro. Interrúmpeme si quieres, pero yo no quiero tener nada que ver con esto. Y mi viejo ya me estaba poniendo mensajes para que volviera, así que...

Se encogió de hombros, chocándole el puño antes de que su amigo partiera entre la tenue luz de las farolas y desapareciera con tanta premura como su indeseada explicación. Puto cobarde. Él no lo entendía, claro. No entendía las humillaciones, los motes (*e/ mote*), las burlas. No entendía los recreos solitarios ni los moratones que trataba de esconder con más ahínco que los cabrones que se los habían hecho.

No entendía las lágrimas escarchadas que salían de sus ojos mientras la pintura naranja volaba desde dentro del spray.

Pintó con rabia y mirando de vez en cuando a su lado, deletreando ese "Alfaman" de su nick con la certeza de estar cometiendo un atropello. Había hecho otras pintadas mejores, pero la adrenalina que sentía era equivalente a la del niño cabroncete que mutila su pupitre cuando el profesor no mira. Saber que tapar el grafo de otro era de las afrentas peor vistas hizo que su organismo adolescente le recompensara con una sensación de triunfo ácida, potente, ardiente. También, fugaz.

Pero, cuando miró esas letras naranjas que conformaban su nombre artístico, que tapaban la mandíbula entera de esa calavera, se sintió como Tony Montana disparando en *Scarface*, como Notorious B.I.G. cantando sus primeros raps, como Blek Le Rat tras pintar en una pared su primer roedor. Por un fragmento insignificante de su insignificante vida, se sintió el rey del puto mundo.

Justo después, un estremecimiento le derribó de su trono. Alguien le miraba.

La figura que caminaba hacia él con pasos duros y vigorosos habría sido capaz de intimidar a cualquiera. Le señalaba con una mano enguantada y vistiendo una sudadera verde que, más que una prenda, parecía formar parte de la piel de ese hombre. De ese hombre cuyo rostro estaba ensombrecido por la capucha, hasta el punto de que ni siquiera podía distinguir sus facciones. De ese hombre que le sacaba una cabeza. De ese hombre que no dejaba de caminar hacia él.

No creyó que nadie pudiera recriminarle el salir corriendo de allí con el rabo entre las piernas.

Mientras sus piernas llevaban a cabo la ancestral función que había salvado a sus antepasados de tantas desdichas, miró periódicamente hacia atrás. Aquella figura incansable seguía persiguiéndolo, seguramente intentando vengar al autor de esa obra que había mancillado. Las palpitations del sistema cardiovascular de Ángel, sin embargo, se le antojaban capaces de hacer el trabajo por él y dejarle fulminado en el suelo. Por sus ojos pasaron a una velocidad de frenopático los árboles del parque, la acera, la calzada, las farolas, las pintadas bellas, las pintadas obscenas. Y, a pesar de las fiestas que había habido durante la noche, sin un alma a la vista.

Cerró la puerta de su piso sin mirar atrás y esprintó por las escaleras olvidando que había un ascensor. Solo al cerrar la puerta de su casa, con cuidado para no despertar a sus padres, recuperó la compostura.

Una vez llegó a su habitación, sin ánimo para ducharse, se desplomó sobre la cama. Lo hizo agarrándose a las sábanas, temblando, entre sudores fríos, olvidando por completo esa fachada de tío duro que había intentado mantener desde su llegada al pueblo. La había cagado de nuevo: ahora volvería a ser el perseguido, el marginado, el imbécil que solo servía como carne de cañón y que solo tocaría una teta cuando recibiera su primer sueldo. Aunque solía colgar sus pintadas en su Instagram, ni siquiera se le ocurrió hacerlo en este caso. No cuando un etéreo puntero láser descansaba sobre su cabeza.

Se incorporó, expandiendo y comprimiendo el puño. Abrió la ventana, tal vez creyendo que el frío nocturno le permitiría despejar la mente. Pero lo que vio a través de ella le hizo cerrar, bajar la persiana, volver a las sábanas con una velocidad grotesca. Y es que, en la acera de enfrente, había visto a esa figura encapuchada mirando a su ventana.

...

El domingo había sido agónico, con una amenaza detrás de cada sombra, con un temor nuevo por segundo. Solo cuando se había puesto a jugar a la consola contra un coreano había conseguido olvidar la temeridad cometida el día anterior, bajo el aletargamiento de los sentidos propio de la deprimente postborrachera. Meterse en Instagram después de la paliza que había conseguido darle en el Fortnite a su rival oriental fue un gesto rutinario en lo que no pensó, pero que acabó por trincar la escasa estabilidad que había alcanzado ese día.

Se tumbó en la cama, como el epicentro sudoroso de algún agujero negro que fuera a devorar los pósteres de rap y el chándal de su cuarto, como un fardo inútil e incapaz de reaccionar a los mensajes privados que se acumulaban en la cuenta *Alfaman Paint*. Desde su desvanecimiento horizontal, agradeció una de sus pocas decisiones sabias: no haber puesto su nombre real en esa cuenta.

El mensaje más suave que había recibido por chat privado le deseaba un cáncer, y era el más suave porque el resto amenazaban no con esperar a que la Providencia le castigara por su afrenta, sino con tomar ellos mismos cartas en el asunto.

La creatividad de esas amenazas, así como la cantidad de objetos que acabarían introducidos en su ano por arte y gracia de los amigos del grafitero, le sorprendieron. En otra situación, si hubiera visto esos diálogos en una peli o un *reel*, hasta le habrían parecido graciosos. Sin embargo, en sus propias carnes, esas ocurrencias hicieron que se quedara paralizado en el sitio, mirando los mensajes, pasando de un perfil a otro, hasta llegar a uno que reconoció. Se le heló la sangre.

Sabía que Anuel06 se llamaba en verdad Manuel y que vivía a un par de manzanas de su casa, que su identidad urbana era casi tan impostada como la suya, pero eso no impidió que le intimidara ver su nombre en sus chats privados. Al pulsar en él y entrar en su perfil, esos temores se confirmaron: seguía siendo tan alto y tan robusto como recordaba, le sacaba una cabeza y dos años... y, aunque en clase siempre se había mantenido tranquilo, hasta los otros repetidores evitaban tocarle los cojones como si les fuera la vida en ello. Al ver ese rostro de malas pulgas, que parecía caer de su rapado militar como una cascada de agua contaminada, uno podía entender perfectamente por qué.

Ángel revisó las fotos, palideciendo ante sus vídeos de proezas en el gimnasio y sus selfies con colegas diez años mayores que él. Se preguntó si era aquel el encapuchado, si lo reconocería en clase. Confió en que, como los elefantes con las hormigas, no supiera reconocerlo.

Pulsó en su foto de perfil para ver sus historias, y lo que contempló en la primera diapositiva confirmó sus miedos.

Junto a ese exponente de vandalismo vandalizado estaba Anuel06, cruzando los brazos y vestido con una sudadera verde. A su alrededor, unos siete tipos de aspecto patibulario, dos de los cuales reconocía de clase, miraban a cámara. Y había un letrado que, por debajo de ellos, dejaba claras sus intenciones:

"Esto no se va a quedar así. Mi hermano no está entre nosotros para defenderse de este cobarde, pero para eso estamos los Hierbas".

...

El lunes fue un día tenso. A primera hora, Francés, sin el bigardo en cuestión dentro del grupo, y aun así con los cojones de corbata. Fueron unos cincuenta y cinco minutos agónicos en los que ni siquiera la faz cautivadora de Eva Green en aquella película que les había puesto la profesora pudo distraerlo del inminente destino que le esperaba.

Al llegar a la segunda clase, Filosofía, se encontró con Edu en la última fila. Este le dedicó una recriminatoria mirada de pena antes de dirigirse a él:

-Anda, que la que has liado...

Se sentó junto a su amigo, dejando la sudadera en la mesa con manos trémulas.

-Tío, me podías haber dicho que era un muerto.

Eduardo ni siquiera le miró a los ojos, ya que había preferido centrarse en el porro que se fumarían en el recreo. Era algo menos complicado, sin duda.

-Y tú podrías haberme dejado acabar. Ahí tienes tu lección del día: no tocarle los cojones a un borracho que sabe más que tú.

Suspiró. Le había tocado juntarse con un listillo.

-Perdona.

-Nada, hombre. Pero, mira, supongo que habrás visto la historia que ha colgado el bestia este.

-Sí, claro. No sé qué de las hierbas.

-¿Las hierbas? No, no, eso es lo que tengo yo aquí, en mi papel de liar. Ellos son los Hierbas, conocidos originalmente como los Malas Hierbas, unos tíos peligrosos de cuidado. Y Néstor Alcántara, conocido como Nekros, era uno de ellos.

Hablaba en susurros, y esos susurros llegaron a su fin cuando Manuel entró en la clase. Este, vestido con una sudadera similar a la que había visto en el vídeo, parecía más grande que nunca. Caminaba como si el mundo le debiera algo, con el cabreo propio de un miura asaetado que no comprende quién le acecha.

-Joder...

-Anda, ya te seguiré contando cuando empiece la clase.

Pero Ángel no le quitó el ojo de encima a ese tipo, que iba de un pupitre a otro hablando con voz grave y amenazadora. Tragó saliva al ver cómo avanzaba hasta el suyo.

-Eh.

-Eh.

-Tú pintabas, ¿no?-preguntó, como escupiendo la pregunta.

Al contemplarlo para responder, se sintió como si le estuviera aguantando la mirada a un soplete.

-Sí, ¿por?-preguntó, fingiendo despreocupación.

-Porque así han dejado la pintada de mi hermano-espeté, mostrándole una fotografía de su obra. No pudo sentirse orgulloso de ella, en esas circunstancias-. Si te enteras de quién lo ha hecho, dímelo. Si me entero de que lo sabes y no me lo has dicho...

¡Qué elocuente era el silencio en las manos adecuadas! Y esas manos, que con tanta facilidad podrían partirlle el cuello, hablaban más que mil palabras.

La llegada del profesor sustituto de Filosofía, que olía tanto a porro como las manos de su amigo, les dio la ocasión perfecta para empezar a hablar. Edu continuó con su explicación, mirando a ambos lados para asegurarse de que Anuel06 no escuchaba lo que le decía.

-Mira, eran un grupo de macarras que... bueno, a ver, tampoco es que fueran una banda ni nada de eso, pero en el instituto se dedicaban a ir intimidando a la gente y a hacer el cabra. El Nekros fue el que les convenció para ir dejando eso atrás y se acabaron centrando en el rap y los grafitis, para beneficio de toda la raza humana. Pero no te creas que era una hermanita de la caridad, ¿eh? Que era tan tocho como el hermano y, cuando uno se metió con él en una fiesta, lo mandó al hospital. Aunque no era mala gente.

<<Pues cómo serán los malos>>-pensó Ángel, pero decidió mantener una mirada aparentemente imperturbable.

-Y el tal Néstor...

-Murió, sí. De leucemia.

-...hacer frente a un mundo sin la garantía de la existencia de Dios, en el que la muerte supone el final ineludible de todo lo que conocemos.

-Joder, debía de tener nuestra edad, ¿no?

-Sí. Y, antes de morir, dejó ese mural que tú te cargaste. Quería...

-...los existencialistas, por tanto, se enfrentan a una duda...

-...que ese fuera su mejor trabajo, y a mí me lo parece. Su hermano...

-...¿cómo darle sentido a la vida si no hay ninguna deidad que nos lo imponga, si todos acabaremos convertidos en polvo y nunca nos levantaremos del mismo para ningún Juicio Final? Pues bien...

-...colgó muchas fotos de la pintura cuando murió. No te imaginas lo orgulloso que se sien...

-A ver, ya sé que mi lección os parece apasionante, pero esperad a después de clase para debatir sus lecciones.

Edu calló, bañado de las risas de sus compañeros. Ángel se limitó a hundirse cada vez más en su asiento, preguntándose si el profesor había llegado a escuchar la palabra "murió" y de ahí venía su comentario, si el resto de sus compañeros habría oído algo. Miró a Manuel, que desde la lejanía mantenía su expresión perenne de enfado.

...

Volvió a casa girando el cuello en numerosos ángulos que ni siquiera habría sabido nombrar, con el solo objetivo de poder vigilar sus alrededores. Al menos, parecía que Manuel no le reconocía, si es que era él quien le había pillado haciendo el grafiti. Pero, claro, si el desconocido era uno de sus amigos, si se colaba en el instituto algún día y venía a su clase, y se acordaba de su cara...

No. No podía permitirse pensar en eso. Transitó como un prófugo por las grisáceas calles de su barrio, fijándose en las firmas que los vecinos habían ido dejando en las paredes.

Se mordió las uñas, aunque su anterior psicólogo de la Seguridad Social le hubiera dicho que no era buena idea. Le hacía parecer débil, inseguro. Odiaba eso. Odiaba todo. Odiaba a sus padres, a sus antiguos compañeros, a los profesores que no habían hecho nada por ayudarle. A Edu, por hacerle reír de vez en cuando y provocar un agravio comparativo con el resto de su existencia, mucho menos divertida que los momentos que pasaba con él. Odiaba esa necesidad constante de demostrar que era mejor que los demás...

...y odiaba, también, ese escalofrío que le dejaba la piel de gallina. Un escalofrío premonitorio que ningún estímulo terrenal podía explicar.

Giró la cabeza lentamente hacia atrás, hacia la única figura que había en la calle. Hacia ese hombre grande y encapuchado cuyo índice le apuntaba desde sus guantes.

¡Mierda!

Salió corriendo, como no podía ser de otro modo, pero la previsible huida no le tranquilizó. Sabía que eso no había acabado, sabía (y las gotas de sudor en su piel así lo atestiguaban) que tenían una idea de quién era. Miró periódicamente hacia atrás, con la exigua fuerza que su aliento le permitía, solo para ver que su perseguidor no se movía. Se limitaba a señalarlo.

Ese dedo, frío e inmóvil, disparaba un dardo invisible contra él. Incluso cuando lo perdió de vista, el aire parecía tomar una tétrica forma puntiaguda que le apuntaba.

Llegó a su casa desfallecido y con la tripa dolorida, al borde de las lágrimas. Sus padres le preguntaron si había problemas en el nuevo instituto, si le había pasado algo. Se lo preguntaron con esa compunción poco disimulada de los adultos, intentando fingir que todo iba de maravilla. Sus respuestas fueron escuetas y poco convincentes. Su mente estaba ocupada con otros cálculos.

Se preguntaba, y se lo volvió a preguntar en el cuarto, si todos los Hierbajos esos sabían ya quién era. ¿Y si ese capullo encapuchado lo había reconocido? ¿Y si...

<<Está jugando contigo>>-pensó, dando un trago a la lata de cerveza escondida bajo su cama-. <<Ese desgraciado te está cocinando a fuego lento. La van a gozar haciendo que te cagues de miedo antes de que te den una paliza. Y, para colmo, te lo mereces. Cabrón. Has pintado encima de un muerto>>.

Había pintado encima de un muerto y por eso (y, bueno, por el miedo) sentía retortijones en el estómago. Sentía una molestia soterrada pero constante, el peso de una afrenta que se concentraba en su ombligo. Un picor atroz. Se levantó la camiseta, deseoso de rascar su culpabilidad hasta que desapareciera. Pero, cuando vio lo que había allí, solo creció más.

Una solitaria y triste calavera se encontraba tatuada en su pellejo.

...

El agua no hizo nada, el jabón tampoco. Quiso probar con lejía, pero una intuición inexplicable que ningún magistrado habría aceptado como prueba en un juicio le decía que tampoco sería de ayuda.

-¡Hijo, sal del baño de una vez!

Ángel obedeció, dando un portazo febril mientras la palidez se iba extendiendo por su cuerpo como esa mancha que le acababa de crecer.

<<Tranquilo>>-pensó-. <<Tranquilo. Todo tiene que tener una explicación sencilla. Míralo en Internet, igual es un tipo de enfermedad. Igual es solo una coincidencia>>.

Que ese fuera su consuelo era indeciblemente triste, sobre todo porque sabía que se equivocaba. Sabía, incluso antes de buscar en Google una mancha con forma de calavera, que no encontraría más que cicatrices con unos contornos vagamente similares que habían hecho que un internauta asociara conceptos en su cabecita.

Ver confirmadas sus sospechas hizo que su frente se desplomara sobre sus dedos y eso, a su vez, empañó la palma de su mano con el agua que caía de sus ojos. Tembló no solo de miedo, sino rabioso ante su propia estupidez.

Y lo peor era ese dolor, ese cáncer que parecía crecer a lo largo de su piel y de sus entrañas. Esa sensación de malestar que ya nunca se iría, por culpa de la decisión inmadura y destructiva que el alcohol había tomado por él.

Antes de echarse la siesta, se miró al estómago con un masoquismo curioso, solo para comprobar que alrededor de esa calavera había empezado a crecer una capucha verde. Le habría gustado asustarse ante esa novedad, le habría gustado proferir un grito de horror, porque eso habría significado que no se lo esperaba.

...

El martes fue un día más funesto si cabe.

A pesar de las habladurías que aquello pudiera suscitar, le había pedido a Edu que le acompañara al baño durante el recreo. Allí se levantó la camiseta, ante su inicial desaprobación y su posterior curiosidad.

-No me jodas...

-Te lo juro, bro. Me salió ayer, de repente, cuando el tío este me señaló. Te juro que no es un tatuaje ni una calcomanía ni...

Su compañero le detuvo con la mano, sin mirarle a la cara. Seguía enfrascado en los ojos vacíos de ese cráneo creciente.

-Te creo.

-¿En serio? Yo no te creería a ti si me lo dijeras.

-Ya, pero yo estoy viendo la cara de miedo que tienes y sé que no eres tan buen actor. Vale, ahora lo que tenemos que saber es qué ha pasado.

Hablaba con una calma casi budista que le puso aún más nervioso.

-¿Qué ha pasado? ¡Que me van a matar, joder! ¡Me voy a morir por culpa de...

Señaló el tatuaje antes de bajarse la camiseta, aterrado ante la idea de que alguien más pudiera verlo y atar cabos.

-Ya, pero ahora hay que buscar una solución. Soy tu colega, ¿no? Pues voy a intentar ayudarte.

Asintió, entre toses, dando vueltas por el baño. Un sudor frío corría por esa piel que había adquirido un tono amarillento de la noche a la mañana.

-Gracias, pero... no veo qué podemos hacer, tío. Me...-tosió de nuevo-... me voy a morir. Lo presiento, bro, lo presiento.

-Quizás.

Agarró a su amigo de la camiseta, completamente desatado y con la mirada humedecida. Agotado, desesperado, furioso, suplicante. La soltó en un arranque de vergüenza antes de salir del baño.

-Bueno, voy a pasar eso por alto porque entiendo que estás cagado. Pero lo que quiero decir es que no estoy seguro de si te vas a morir o no. Como comprenderás, el tema de los fantasmas no es una ciencia exacta.

Ángel le contempló como un perro rabioso.

-No digas gilipolleces. ¿Es que crees en esas cosas?

-Pues no creía, pero ahora sí. Me creo lo que me has dicho tú porque soy tu colega, así que deja de ponerte a la defensiva.

Gruñó, como aceptando la premisa de su amigo. El dolor, ese maldito dolor, le hacía irascible. Y el modo en el que caminaba, como si tuviera ganas de ir al baño, suscitó no pocas miradas de burla y, peor aún, miradas compasivas.

-Por lo que he visto y he leído... en obras de ficción, claro-prosiguió Eduardo-, hay varios tipos de espectros, apariciones, maldiciones... como quieras llamarlos. A algunos se la suda que te disculpes o que arregles las cosas, claro. A los japoneses les gustan mucho esas historias, por ejemplo, de un espectro que va jodiendo indiscriminadamente en las estaciones de metro, en los baños... que, independientemente de lo que hagas, te corta el cuello y...

-¡Edu!

-Vale, vale, perdona. Pero también hay otros que solo quieren descansar, que solo quieren que se restituya la situación normal de algún modo.

-Estás aceptando muy rápido que se trata de un fantasma...

-Ya, porque no hay otra explicación. Dudo mucho que se te haya quedado la piel así por una indigestión o que te hayas podido hacer un tatuaje como ese de ayer a hoy. Así que

vamos a saltarnos la parte de la peli en la que el amigo gracioso no cree al protagonista y le acaban matando, por favor.

Tuvo que reírse. Aunque le doliera hacerlo, literal y metafóricamente, necesitaba reírse. Bendito Edu.

-Ya. Intentaré que no te pase nada. Pero, dime, ¿qué propones? ¿Qué coño puedo hacer? Se aferró al estómago. Sentía esa ponzoña creciendo en su interior, reptando por su piel. No tuvo que bajarse los pantalones para saber que el nombre de Nekros se estaba escribiendo lentamente en sus piernas, con las inyecciones de pintura macabra castigando sus músculos como si fueran agujetas.

-Lo primero, tranquilizarte.

-Para ti es fácil decirlo...

-Pues sí, la verdad. Pero no conseguirás nada perdiendo la cabeza. Y lo segundo...

Ángel miró a su amigo (después de eso, casi su hermano), a la espera de que su heterodoxa erudición le fuera de ayuda.

-...lo segundo sería recurrir a alguien que conociera bien al fiambre, para saber qué podría querer para dejarte en paz. Y ya sabes lo que eso significa.

Lo sabía. Por eso precisamente, cuando sonó la campana que indicaba el final del recreo, sintió que todos los muros pintados del mundo se le caían encima.

...

-Así, ¿podéis decirme cuál es el problema más importante de su época para nuestro pobre filósofo sin hijos?

Ángel ignoraba las apelaciones del dinosaurio que tenían por profesor de Lengua, que intentaba que debatieran sobre ese peñazo que les había hecho leer. Pero tenía muchas cosas en la cabeza y Unamuno no era una de ellas. En la era de TikTok, de las inteligencias artificiales y de una puta calavera marcada en su cuerpo, poco podía enseñarles ese carcamal.

-Venga, tío, tienes que hablar con él.

-No.

-Que sí...

-Efectivamente, el erostratismo, nombrado así por el infeliz que quemó el antiguo templo de Artemisa y que...

-No pierdes nada.

-Puedo perder un ojo. O un hueso. O la cabeza.

-Es solo un acercamiento, no tienes por qué...

-...dejar una huella no a través de los propios trabajos, sino a través de un método mucho más sencillo: la destrucción de...

No podía aceptarlo. Su renuencia a reconocer la existencia de lo sobrenatural no provenía de una defensa a ultranza del racionalismo, y se debía solo en parte al orgullo que le impedía reconocer su error. En realidad, la explicación era más simple. Tenía miedo, no ya de su gigantesco compañero de clase sino de lo que había más allá de los átomos y de las moléculas, más allá de lo que había aprendido a conocer como el mundo real. Tenía miedo de todas las cosas que podían matarlo sin tocarlo.

Cuando la clase terminó y pudo dejar de fingir que prestaba atención, hundió su mirada en el pupitre. Edu le puso la mano en el hombro.

-Venga. Cuanto más lo pienses, peor.

Le dio la razón en silencio y se incorporó, como un adolescente tímido que va a dirigirse a una inalcanzable amada separada por la edad de dos años o por varios centímetros de altura. Al menos, Manuel estaba solo, ocupado con el móvil. Antes de mirar por encima de



su hombro, confió en que estuviera enfrascado en memes divertidos que le endulzaran el carácter.

Cuando vio en su teléfono la pared que él había pintado, el dolor que llevaba sintiendo desde el día anterior se intensificó.

-Hostia puta...

Reconocía el muro, pero no el destrozo. Reconocía su pintada, pero no todas las otras firmas que los grafiteros e indeseables del pueblo se habían animado a añadir. Con el semblante demudado, comprendió que había abierto la veda. Y esa obra de arte tan guapa y tan perturbadora, por culpa suya, estaba oscurecida por esas obscenas notas a pie de página.

Dedicatorias pueriles de amor, vulgaridades, pollas mal dibujadas... pero, a través de esas demostraciones de vulgaridad destructiva, todavía podía apreciarse una frente desde la que dos huecos miraban el mundo con ira.

-Hostia, tú, qué hijos de puta. Menuda vergüenza...

Anuel06 se giró para verlo y asintió con la cabeza. Habría jurado, pero solo para sí y nunca en voz alta, que su compañero tenía lágrimas en los ojos.

-Sí. Pero los Hierbas nos vamos a organizar. Ese muro va a estar vigilado veinticuatro horas y, cuando alguien venga a hacerle algo...

Golpeó la mesa con fuerza. Sin grandes conocimientos de retórica, Manuel consiguió que a Ángel se le hiciera un nudo en la garganta ante su capacidad de síntesis.

-Normal, bro. A tu hermano le gustaba mucho pintar, ¿no?

-¿Que le gustaba?-repitió, ofendido-. Vivía para ello.

-Vale, vale, perdona. Sí, a mí me gusta pintar también, pero no creo que llegue nunca a hacerlo como él.

El repetidor esbozó una sonrisa que él se tomó como una tregua. Aunque, si supiera quién era de verdad Alfaman, hablaría con los puños en lugar de con la lengua.

-Era un crack. El tío pintaba como si le fuera la vida en ello, se dejaba los ojos durante horas. Era un máquina, hermano, un máquina.

Ángel tuvo que asentir, alicaído pero gratamente sorprendido por la humanidad que desprendía esa bestia.

-Jo, yo cuando veía sus pintadas... sabes, el dragón este de la estación de tren y la araña de por el cementerio... no me imaginaba que su autor fuera tan joven. Le tuvo que haber dedicado mucho tiempo.

Manuel se mordió sus nudillos pelados, seguramente para evitar el llanto.

-Sí. A ver, es que tuvo problemas de salud desde muy pequeño. Era fuerte como un toro y con más cojones que nadie, pero sabía desde el principio que se iba a morir pronto. Y... bueno, él quería dejar su huella, ¿sabes? Quería que, si no podía tener hijos ni nietos ni mierdas, al menos a los chavales se les abriera la boca cuando pasaran por delante de sus grafos.

Y no era para menos, pensó Ángel. Le temblaban las piernas por el dolor, pero esa historia tenía una cualidad extrañamente reconfortante. Pensó que le gustaría haber conocido al tal Nekros, en otras circunstancias.

-La verdad es que es impresionante.

El hermano del muerto le dio la razón con un murmullo gentil.

-Sí. Pero ya ves cómo son las cosas: en cinco años, si no estoy yo para hablarle a la gente de él, se les va a olvidar. Era un tío al que la gente respetaba, uno que lo mismo pintaba en un andamio que en un túnel, que le echaba huevos y además no hacía un pintarrajo rápido sin más. Era un fiero, pero a los demás se les va a olvidar.

Era curioso ver cómo ese muchacho endurecido, tan acostumbrado a transitar fluidamente por los pormenores de la vida callejera, se hallaba anonadado ante una verdad tan evidente. Era como si hubiera chocado contra un muro que no podía derribar de un puñetazo, como si hubiera tomado conciencia de que las verdades universales de las que le hablaban sus mayores no eran perogrulladas sin importancia, después de todo. O tal vez solo echaba de menos a su hermano.

Cuando llegó el profesor de Matemáticas, ambos suspiraron.

-Bueno, ya nos vamos viendo, y te contaré más de él. Y, oye...

Le pareció que hablaba en un tono amenazador, pero Ángel le miró, esperando su respuesta.

-...algún día tenemos que quedar para hacer algún grafiti por ahí.

Le dio la razón alzando su dedo pulgar, aunque su miedo era tal que un soplo habría podido derribarlo. Por suerte, nadie le echó el aliento encima antes de derrumbarse sobre su silla. Y allí, pudo dejar de disimular la lividez de su cara.

-¿Qué tal ha ido?-preguntó Edu.

Él tuvo que resoplar antes de recuperar la voz.

-A ver, por una parte estoy vivo. Por otra... bueno, por otra, creo que no me va a gustar lo que voy a tener que hacer. No. No, no puedo hacerlo.

Se metió la mano por debajo de la camiseta para sentir un tacto pétreo y frío. Los huesos del muerto seguían reptándole por el costado, en una silenciosa venganza.

...

Tomó aliento solo para toser sangre.

Tiró a la papelera de su cuarto el pañuelo manchado de rojo, incapaz de asumir que su cuerpo le estaba fallando. Tampoco quería admitir que llevaba una hora tumbado en la cama sin poder moverse, sin poder agarrar el móvil, sin poder hacer más que mover las manos (y hasta eso dolía) y negar lo que le estaba sucediendo.

Acercó su enclenque y débil mano a su camiseta, solo para arrepentirse en el último momento. No quería verlo. No quería ver cómo esa podredumbre se extendía por su cuerpo, consumiendo lentamente sus defensas, emponzoñando su interior, hasta causarle la muerte.

Aun así... aun así, no quería ir. No quería reconocer que había sido él. No quería que todo el mundo supiera que era un niño que se había metido donde no debía, que había querido jugar con los mayores y había hecho frente a su patetismo de un modo que solo lo había puesto de manifiesto.

<<Tienes que ir>>-pensó, como pensaría alguien con su último aliento-. <<Si no lo haces, vas a morir>>.

Morir. Qué novedosa y desagradable idea. Qué idea tan sucia, morir sin dejarle nada a sus padres para recordarlo. Morir con la certeza de que era uno más, de que no había sacado de dentro los gritos descarnados que nunca había tenido el valor de articular. Morir y encontrarse con que solo había dejado tras de sí un rastro de ignominia.

Se levantó la camiseta, se miró la piel. Era verde y blanca, y estaba recorrida por una pigmentación extraña que se iba extendiendo ya hacia su cuello. Era la prueba irrefutable de que, si no hacía nada, pronto no habría nada que hacer.

Cogió el móvil pensando en los que se habían reído de él, en los que se habían compadecido, en los que habían creído que nunca llegaría a nada. Pensó en la socarronería o la conmiseración con la que hablarían de él si la palmaba ahora.

No podía permitirlo.

Por eso, levantándose de un salto, llevando la pintura en su piel como una condecoración, escribió un mensaje a Edu:

"Voy a hacerlo. Por favor, acompáñame".

...

La pintada, a lo lejos, estaba más deteriorada incluso que antes. Cada firma burlona era un clavo sobre su conciencia y sobre sus carnes.

-Venga, tío, tú puedes...

La noche, tan oscura como aquella otra y mucho más silenciosa, se resistía a darle la razón a Edu.

Ángel caminaba hacia el parque cojeando, apoyándose en su colega. Después de aquello, tendría que hacerle por lo menos un monumento, pero ahora solo podía pensar en ese verdor que le corría por el cuello, en la agonía que le acompañaba. Tropezó mientras se iban acercando al lugar del delito, donde había cometido esa falta que no estaba recogida en ningún código pero cuyas consecuencias eran mucho más graves. Tanto las sobrenaturales como las terrenas.

Conforme iban acortando la distancia con su destino, pudieron ver a su compañero de clase, cruzado de brazos con una de esas sudaderas verdes que implicaban lealtad y camaradería. También, violencia. Los dos tipos que le rodeaban, aunque no tan altos como él, parecían sacados de alguna rueda de reconocimiento. El más bajo de ellos, con la nariz aplastada y unas ojeras espantosas, les señaló con el dedo mientras se acercaban. Tal vez se estuviera burlando de sus andares quejumbrosos, de su delgadez, de su juventud.

Tal vez se hubiera puesto alerta al ver la bolsa donde llevaban la pintura.

Manuel le detuvo con la mano, seguramente salvándoles la vida. Pero no duraría mucho. El trayecto hasta llegar frente a esos tres fue un calvario lento y frío, pero no tan humillante como cuando se acabó tambaleando al separarse de su amigo. Este sostuvo en la mano sus pinturas mientras Ángel miraba a los ojos al temido Anuel06, al admirado Anuel06, a ese chico cuyos puños cerrados intimidaban más que cualquier hombre.

-¿Qué haces aquí?-preguntó el hermano del difunto, más confuso que furioso. Tal vez, después de la conversación que habían tenido en clase, no quería creer lo evidente.

-Yo... mira, yo...

Se mordió los labios. Joder, qué bien habría estado que la leucemia se cobrara su vida allí, en ese instante. Qué bien habría estado que la esperanza no existiera. Entonces, no habría tenido que abrir la boca para cubrirse de vergüenza.

-Fui yo.

Habló en un susurro agudo, mirando al suelo, sin concretar. Pero no había ninguna duda sobre qué había querido decir. Como tampoco había ninguna duda sobre la respuesta que merecía.

Antes de que se diera cuenta, estaba en el suelo, con los orificios de la nariz enrojecidos y un dolor que por un momento le hizo olvidar esa quemadura perpetua que consumía su cuerpo. Se retorció en el suelo, con la mirada borrosa, y apenas pudo alcanzar a vislumbrar cómo ese sujeto alzaba la pierna para patear su estómago. Haciendo gala de un estoicismo a medias, cerró resignado los ojos y se preparó para llorar.

-¡Espera!

Si se hubiera interpuesto entre ambos un segundo después, Eduardo habría recibido la patada más dolorosa de su vida. Por un momento, pareció que iba a ser así. Pero no se dejó amedrentar. Miró a Anuel06 con la certeza de que él también podía acabar en el suelo, pero con una fiereza que hizo que hasta su agresor se detuviera.

-Mira, apártate. Esto es entre tu novio y yo.

Sus colegas se rieron, acercándose a ellos. Edu empezó a temblar visiblemente. Le dio igual.

-No lo entiendes, bro. Para, deja que te lo expli...

-¿Qué hay que explicar!?-vociferó, con un alarido infernal. El eco pareció rebotar en las paredes inalcanzables de la noche.

-Por favor...

-¡Mira, apártate o te tumbo de una hostia! ¡A este hijo de la gran puta no le bastaba con escupirle a mi hermano! ¡No le bastaba con joder una pintada mejor de lo que él va a hacer en toda su puta vida! ¡Encima se burla de mí y va de amigo el muy subnormal! ¡Aparta... que, si no, os mato a los dos!

Aunque la razón les decía que no era capaz de llegar a eso, tanto Edu como Ángel tuvieron que fijarse en cómo la sangre que corría por su rostro colorado dibujaba surcos de rabia.

-Espera-intervino el objeto de su ira-. Luego hazme... hazme lo que quieras, pero tienes que ver esto.

Se levantó del suelo, aquejado como un viejo, y Manuel pegó un respingo. Reconocía el esfuerzo que denotaban esos ademanes, reconocía su sufrimiento. Palideció.

Cuando Ángel se quitó la camiseta, incluso alguien como Anuel06 tuvo que llevarse la mano a la boca. Hasta sus dos acompañantes, que tenían pinta de haber visto cosas bastante chungas, parecían consternados. Allí estaba el grafiti completo, la pintura que había dado que hablar a todo el pueblo, esa calavera infame que ya había sido enterrada por rúbricas anónimas de indeseables sin talento.

Sin decir una palabra, Ángel enterró las manos en la bolsa, sacando de ella sus botes de pintura verde, negra y blanca. Los Hierbas se retiraron porque reconocían el salvajismo creativo de su mirada. Y lo hicieron no solo con respeto sino con miedo.

<<Ahora o nunca, desgraciado>>.

Ángel se situó justo frente al lugar donde había estado el cráneo que ahora residía en su carne. Miró la pared como si fuera su propia piel, como si nada importara más allá de ese momento, de esa infracción que iba a cometer para resolver otra más grave. Sus dedos ardían con un furor que hacía tiempo que no sentía, en contraposición con la mano gélida que iba guiando sus movimientos.

Apretó los botones del spray con las pinceladas rápidas de un Pollock desbocado, con el control minucioso de un Antonio López. Esos torrentes de colores surcaron el aire como fuegos fatuos, metiéndose en sus narices, cortándole la respiración. Cada gesto de sus brazos hacía crujir sus huesos, sus músculos se lamentaban con esa ardua tarea.

Se encaramó a la pared, empapándose del olor del arte en carne viva, adoptando las mismas posturas que su mentor había empleado en vida para pintar su obra maestra. No, no las mismas, sino unas posturas mucho más torpes. Tropezó algunas veces, jadeante. Se obligó a sí mismo a cerrar los ojos para no desfallecer cada vez que contemplaba lo mucho que le quedaba para acabar. No llevaba ni la mitad.

<<Descansa. Descansa, aunque sea un poco. Descansa...>>

Pero no podía. Nekros contaba con él. Cada gota de sudor, cada calambre, cada punzada de sufrimiento cancerígeno, era una disculpa tallada en sangre. Aunque le temblaran los dedos. Aunque el resultado fuera imperfecto. Por primera vez en su corta vida, entendió de qué se hablaba cuando se hablaba del deber. No podía aceptar, como Néstor no había aceptado, que todo terminara antes de poder cumplir con su objetivo. No iba a intentarlo, no iba a hacer todo lo posible. Iba a hacerlo.

Cuando hubo terminado, alzó la mirada como un santo en éxtasis.

Allí estaba, como si nunca se hubiera ido. No era exactamente la misma pintura, jamás podría serlo, pero solo un ojo entrenado habría sido capaz de notar la diferencia. Delante de él volvía a aparecer esa calavera, esos huesos de la mano, esa capucha que cubría al esqueleto como una mortaja. Y todo gracias a él.

Sonrió, mirándose el costado. El tatuaje había desaparecido para ser vertido sobre esos ladrillos como una toxina que su organismo hubiera rechazado. No le pertenecía, pertenecía al mundo. El resto de pintadas habían quedado borradas de nuevo bajo el chorro implacable de su spray, y en su cuerpo solo quedaba una ominosa y casi invisible cicatriz, además de un rastro de dolor que jamás olvidaría.

Los asistentes a ese milagro contemplaron anonadados cómo ese dibujo había vuelto a la vida. Edu quiso aplaudir, pero no pudo mover las manos. Los dos amigos de Anuel06 permanecieron en un estado de respetuoso sobrecogimiento. Manuel no fue capaz de evitar que dos lágrimas cayeran con sobriedad por sus mejillas.

Y, entonces, se escucharon los pasos.

Pasos firmes, profundos, que parecían mover el mundo con ellos. Pasos que se dirigían a un lugar que los testigos desconocían pero al que ninguno de ellos quería llegar demasiado pronto. Pasos que pertenecían a una figura que caminó entre ellos, aparentemente ajena a su miedo. Su presencia ahogó cualquier atisbo de ruido, incluido el blanquecino viento nocturno.

El encapuchado de verde echó un rápido vistazo al cuadro. Ángel sentía las manos heladas de la medianoche en la piel. No le quitó la vista de encima a ese ser de cuyo dictamen dependía quizás no solo su vida.

Néstor, o Nekros, o la sombra de ambos, inclinó la cabeza para mostrar su conformidad. Cuando se giró para mirar a su hermano, Ángel pudo ver la calavera que conformaba su único semblante.

Manuel miró a través de la capucha, y se limitó a apretar la mandíbula y asentir, sin dejar de mirar a lo que ahora eran los ojos de la persona a la que más había querido. El grafitero que los había unido a ambos de nuevo se preguntó qué experiencias se concentraban en esos segundos que pasaron el uno frente al otro, qué vivencias habrían hecho que ese rudo muchacho tuviera que hacer tal esfuerzo para contener sus emociones.

El encapuchado, finalmente, se dio la vuelta y caminó por el parque hasta desaparecer entre las sombras. El incomprensible eco de sus pasos en la gravilla hizo que permanecieran en silencio durante unos minutos que parecieron horas.

Cuando el trance llegó a su fin, Ángel se puso su camiseta y le pidió un cigarro a Edu.

-Gracias, tío. Gracias por todo.

Se lo encendió y tomó la primera calada, saboreando cada partícula venenosa, contento por tener una vida que desperdiciar. Los tres amigos del difunto se retiraron lentamente, dos de ellos sin despedirse.

Manuel se quedó mirándolo, aún con el gesto torcido e inconfundiblemente confuso. Le tendió la mano, que él estrechó, e hizo tanta fuerza que le dejó marca. Se lo merecía.

-Bueno, yo me voy, pero ya sabes. A ver si algún día nos juntamos para pintar...